

El pájaro canario y su libertad

Por Martín Iziar Aguirre

En una de las calles de nuestra villa, no era la vez primera que presenciaba un espectáculo deprimente que daba mucho que pensar. Un canario hambriento erraba de un lado a otro, perseguido por una pandilla de mocosuelos que no dándole momento de reposo, esperaban que agotado, cayese en sus manos. En una de sus huídas, el pajarito se posó en las ramas altas de un árbol. Una lluvia de piedras le hicieron reemprender su cansado vuelo y en su loca carrera entre la algarabía de la pandilla, chocó contra una vidriera y cayó desfallecido y sin fuerzas, en el rincón de una ventana. Por fortuna, la etxeakoandre que estaba en el interior, se dio cuenta de la situación del pajarito y recogéndolo exclamó: ¡Pobre pajarito, te persiguen porque eres tan lindo!

Poco después, la buena señora, me pedía una jaula hasta que comprara otra. Al momento, tomando una vieja que había en nuestro desván, me personé en su casa recibíendome con alborozada alegría. Mientras ella, después de limpiarla bien, la abastecía con alpiste, una hojita de lechuga, pan remojado en leche y agua fresca, retuve en mis manos al pajarito. Era un canario hembra de vistosos colores, que después de reingresar en la jaula y saciar su hambre, metió su cabecita entre las erizadas plumas y con una respiración algo acelerada, se quedó dormido bajo la mirada bonachona de la etxeakoandre que repetidas veces exclamaba: Gracias a Dios que no has caído en manos de esos mocosuelos! Sí, es verdad señora, le contesté. Estos pobres canarios que huyen o salen de sus jaulas y no son recogidas por manos cariñosas, tienen un triste fin: mueren de hambre, o caen en las garras de algún felino o en las de alguna ave de rapiña. Este es el destino de estos pobres canarios a quienes traiciona su amor a la libertad.

Días después, la canaria en su nueva jaula, cantaba alegremente su corto repertorio; parecía feliz en su prisión. Así nació y es su destino.

* * *

Un txorizale llamado Yon, y que habitaba en las afueras del pueblo, tenía la costumbre de criar todos los años algunos canarios, en la hermosa pajarera en que había convertido uno de los rincones de su espacioso balcón. Por circunstancias desconocidas, cierta mañana, la pareja de canarios que criaba en la pajarera se encontró con la puerta abierta, abandonando en la pajarera una nidada de polluelos semi plumados, dejando con su fuga al pobre Yon, sumido en un mar de desconsuelo. Algo más de una hora llevaba Yon, escrutando nerviosamente los alrededores de su casa, cuando vio con estupor y alegría, cómo la pareja de canarios en un vuelo reposado y escalonado posaba en las ramas altas del pinar cercano a su casa: unos minutos de pausa que a Yon se le hicieron horas, tardaron los pajaritos para volar hacia el balcón y buscar ansiosamente a través de la tela metálica, el camino más corto para llegar a su nido. Después de recorrer nerviosamente todos los costados de la pajarera, por fin se encontraron con la puerta abierta que conducía al nido donde los polluelos dándose cuenta de la presencia de sus padres, alargaban su delgado cuello pidiendo con insistencia saciar su hambre. Tan pronto como entraron los pájaros, Yon que les vigilaba con ojo avizor, cerró la puerta y respiró tranquilo. Los días que siguieron a este pequeño incidente, Yon notaba en sus pájaros una desusada tendencia por sus movimientos con intenciones claras de desear salir de su jaula prisión. Después de algunas vacilaciones, Yon, se decía a sí mismo: Cuando se encontraron con la puerta abierta, volvieron. ¿Por qué no van a volver otra vez?; y decidió abrirla. La feliz pareja volvió a salir de su jaula prisión, desapareciendo entre el arbolado. Aproximadamente una hora después, llegaban con el buche lleno de semillas para CEBAR bien a sus pajaritos. Repitieron normalmente sus salidas varias veces aquel día. De allí en adelante, Yon todos los días abría la puerta a una hora determinada a los pajaritos que esperaban ansiosamente la llegada de su liberador, quien se mostraba orgulloso y entusiasmado con su novísima modalidad de criar canarios.

En mis correrías por aquellos lugares, me encantaba ver en libertad volando en aquellas verdes praderas, aquella famosa pareja de canarios seguida de su prole, alimentándose con una gran variedad de semillas herbáceas. La pequeña bandada de libres canarios llevaba

unos tres meses gozando de la vida, cuando un mediodía tristón y de xiri-miri, a la vista misma de Yon, un gavilán arrebató a uno de ellos llevándolo atrapado en sus garras. Días más tarde, unos muchachos atolondrados mataron a tres más con sus tiragomas. Yon completamente descorazonado y desilusionado, optó por desalojar la pajarera y decidió no retener más canarios privados de su libertad; así terminó la vida de aquellos canarios que vivieron como pájaros libres que con sus trinos y su vistoso colorido alegraba y encantaba a los numerosos paseantes de aquellos bellos lugares, con admiración de todos los txorizales.

* * *

Eramos tres txorizales, que efectuando cada cual en su domicilio la cría de canarios, absorbíamos sanamente nuestras horas de ocio disfrutando de nuestra afición favorita. Contábamos con un local convertido en una hermosa pajarera, donde en común atendíamos a los pájaros jóvenes hasta su edad adulta y vendíamos algunos ejemplares con cuyo producto atendíamos holgadamente a su manutención. Por causas ajenas a nuestra voluntad, un día nos vimos precisados a desalojar el local que albergaba cerca de un centenar de canarios poniéndonos en un aprieto, pero... tuvimos suerte. Un señor, dueño de una gran finca, con quien respetuosamente sosteníamos algunas discusiones amistosas, incondicionalmente nos ofreció para jaulón de nuestros pajaritos, una hermosa txabola que radicaba en su heredad, cuyo emplazamiento en un claro de un amplio arbolado, en el que algunos pinos centenarios de tupida hoja, descollaban orgulosamente sus altas copas. Situado en un pequeño altozano y en una perspectiva bellísima, se hallaba la txabola de construcción cilíndrica y rematada con un monolito. Desde el exterior, una escalinata rústica daba acceso al piso, dividido en un pequeño hall y dos compartimientos de amplios ventanales. Estas hermosas habitaciones con numerosos arbolitos en sus rincones, tomaban aire de un bosquecillo, donde se cobijaban bien, más de un centenar de canarios. La vida de estos pajaritos por el espacio con que contaban para sus vuelos y por la alimentación de que eran objeto, estaba más en consonancia con la vida libre que con la de los pájaros enjaulados. Las praderas convertidas en extensos campos de cardos, y los mazaes cercanos en verano y otoño, proporcionaban abundantemente, una gran variedad de semillas herbáceas. Apenas comían alpiste y puede decirse, que se alimentaban casi exclusivamente de lo que les proporcionara el campo, gozando de la libertad que disfrutaban los demás miembros de la gran familia de fringillas. Con este régimen

alimenticio adquirirían un vigor y condiciones físicas excelentes. En el crudísimo invierno de hace cinco años, en que el termómetro bajó varias veces más de una decena del cero, y a pesar de que tuvimos que renovarles el agua cuatro veces al día porque se helaban los bebederos, un par de docenas de canarios, con las ventanas abiertas día y noche, cantaban con todas las fuerzas de sus pulmones, ante el menor atisbo de claridad, durante aquellas sombrías tormentas de nieve. Con tan intenso frío, sólo hubo una víctima, y ocurrió por nuestra desidia: Un macho de diecinueve años se murió, después de superar sin novedad lo más riguroso de aquel invierno. Le recordamos con cariño a aquel viejo canario de antes de la guerra, que nos era muy simpático por el siguiente hecho: Cuando el pájaro cumplía trece años, se le ocurrió al que a la sazón era su dueño, emparejarle con el deseo de que le proporcionara descendencia. Y en efecto sucedió que contando con trece, catorce y hasta quince años, fue padre de numerosa prole. Por eso lamentamos mucho su muerte, y sentimos no guardar las debidas consideraciones de que era acreedor por su edad y singularidad.

De vez en cuando, los pajaritos de nuestra txabola, aprovechaban bien nuestros descuidos con la puerta, pero les capturábamos con cierta facilidad. Una vez tras machos jóvenes se fugaron juntos, y como medida de precaución para que no se alejaran mucho de allí, les pusimos una caja llena de alpiste en una de las ventanas, pero fueron haciéndose más largas sus ausencias volando libremente por aquellos contornos. El último de las tres, fue capturado al séptimo día, y no se le engañó fácilmente.

Hace dos años, en agosto, soltamos a tres hembras adultas de discreto color obscuro. A veces, comían algunos granos de alpiste en la cajita de la ventana y pasaban horas y horas, lejos de la txabola volando a su antojo. Una de las tres hembras, dejó de presentarse cuando llevaba unas ocho semanas en libertad, y las otras dos, atravesaron sin novedad el invierno que no fue muy riguroso, desapareciendo en plena primavera, siendo probable que fuesen capturados por haber entrado en celo, y dirigirse hacia algún macho enjaulado. Anotamos que cuando a fines de noviembre se araron las tierras para sembrar trigo en los campos que fueron maizales, hasta primeros de marzo, venían con regularidad a la ventana de la pajarera para comer alpiste, ya que anteriormente y después de esas fechas, apenas hicieron consumo de dicho grano.

* * *

Una tarde de principios de octubre, soplabla el viento Sur y hacía bastante calor. Después de recoger un buen manajo de hierbas semi-

lleras que había en abundancia en los maizales cercanos, llegué a nuestra txabola, y... algo me hizo elevar mi vista, hacia el alto ramaje del nogal que estaba enclavado al pie de la escalera, dejándome perplejo la presencia de un grupo de canarios, que tranquilamente ordenaba su plumaje. Miré a la puerta y noté que estaba ligeramente entreabierta. Con los nervios tensos, en dos saltos subí la escalera, y abriendo, y cerrando tras de mí suavemente la puerta, sorprendí «in fraganti» a dos niños de corta edad, hijos del colono guardián de la finca, que indeciblemente gozosos, correteaban de una habitación a otra, tras los pájaros en fuga. Al sorprenderles no se inmutaron, y les inquirí sobre su proceder, contestándome alegremente que encontraron la puerta abierta con la llave en la cerradura, y que entraron creyendo que alguno de nosotros se hallaba dentro. Dejé de reprocharles, y les dije amablemente: Id rápidamente a decirle a mi amigo Luix-Mari, para que venga cuanto antes con dos canarios enjaulados; y los niños, saltando y corriendo, desaparecieron entre el arbolado.

Como medida preventiva para que los pájaros no se alejaran demasiado de las cercanías de la txabola, a los pocos minutos, colocábamos los tres amigos, a una decena de canarios enjaulados, diseminados y colgando de las ramas bajas del arbolado. Los reclamos tan pronto como advirtieron la presencia de varios de sus congéneres en libertad, comenzaron a cantar con toda la potencia de su voz, y los canarios empezaron a surgir por doquier, apareciendo un un principio en pequeños grupos, para reuniéndose en bandadas, armar una encantadora sinfonía con sus dulces trinos que al dispersarse, emitían en sus nerviosas llamadas mútuas, volando ebrios de felicidad. Los tres amigos, nos hallábamos embebidos con aquel espectáculo, que más bien parecía a una de las fantasías de un Walt Dissney, haciéndonos olvidar los motivos de nuestra inquietud. Era embelesador la perfecta armonía de aquel maravilloso marco otoñal; los árboles conservaban aún su hojarasca de mil tonalidades matizadas de verde amarillo, donde destacábanse algunos, con el deslumbrante colorido de los pájaros.

Poco a poco, fue renaciendo la calma habitual en aquellos lugares, vacíos desde hacía dos semanas, de toda clase de pájaros que acostumbran invernar en el Sur; y únicamente se escuchaba el melancólico canto del txantxangorri, al desaparecer de la escena los canarios fugitivos, envolviendo los extensos arbolados llenos de luz y de sombras, en un triste e inquietante silencio que a nosotros nos desanimaba en nuestro afán de recuperarlos.

En una rápida ojeada efectuada por los alrededores, vimos a varios de nuestros canarios en los maizales cercanos, donde había en abundancia, aquella gran variedad de semillas que tanto les gustaba y que diariamente les suministrábamos con prodigalidad.

Aprovechando ese paréntesis, los tres amigos elaboramos nuestra estrategia para capturarlos, y hecho el recuento en la pajarera, comprobamos la falta de una treintena. Encerrando a todos los canarios en una sola habitación, dejamos abiertas las puertas de la pieza vacía y de la entrada principal, colocando en su interior dos reclamos, otros cuatro en la escalinata y los demás colgando de las ramas más cercanas a la misma; preparados de esa forma empezó nuestra cacería, con cierto pesimismo sobre su resultado, convencidos de que sería difícil la captura de todos los fugitivos. Después que saciaron su apetito, una docena de canarios, dejaron escuchar sus dulces trinos, en contestación a las llamadas de los reclamos, presentándose en vuelo rápido en las cercanías de la pajarera. No tardaron mucho algunos en caer en la trampa, y pasando a la habitación donde se hallaban reclusos los demás, según entraban en la vacía, aquella tarde, recuperamos a diecisiete. Al día siguiente, fue menos afortunada nuestra cacería, porque a pesar de que la mayoría de los fugitivos se acercaron varias veces a las cercanías de la escalinata, cada vez se hacían más reacios a las llamadas incessantes de los reclamos, y sólo pudimos capturar seis. Días después, un macho cantarín que se acostumbró a pernoctar en la espesura cercana a la txabola, logramos cazar después de algunas peripecias; los demás, poco a poco se dispersaron a su antojo. Unas semanas más tarde seguía la pista de una pareja de ellos que junto con una bandada de pardillos fue vista en plena montaña; resultando baldíos nuestros esfuerzos de captura.

Hacia fines de marzo de la siguiente primavera, nos dimos cuenta de que uno de nuestros fugitivos, merodeaba por los alrededores de la txabola, y le preparamos la celada. Era un macho de piernas altas, enjuto y nervioso, de lustroso lomo verde y fuertes reflejos amarillos en el pecho, por cuyos colores naturales y originarios de su estirpe, se hacían discretas sus evoluciones, pasando desapercibido a la perspicacia de los txorizales. En su vida de libertad se había vuelto desconfiado y arisco, y tan pronto como notaba nuestra presencia, huía en vuelo rápido para volver al minuto; seguramente ante la naciente primavera, necesitaba una compañera para su reproducción, pero el pobre canario también cayó, y sin tener en cuenta para nada sus naturales ilusiones, fue encerrado en una pequeña jaula, y días más tarde, vendido como un esclavo; aunque lo justo

y bello, hubiera sido proporcionarle una hembra del mismo color del macho, de discreto plumaje, —verdadero atuendo nacional de estos pajaritos— que hubiera hecho posible su reproducción en plena libertad. Arrepentimiento tardío.

* * *

Escribiendo estas mal hilvanadas líneas, contemplo a cuatro parejas de canarios que en sendos jaulones crían en mi balcón. Las cuatro estaciones del año con sus altibajos, pasan a la intemperie; no obstante, son fuertes y cantan con delirio. Celosos en extremo, no observo en ellos ansias de libertad, parecen felices y son muy prolíferos. La hembra de una de estas parejas, en la pasada estación de cría, puso cuarenta y un huevos, todos válidos a excepción de dos de su última puesta. Este año, a causa de la precoz primavera, ha criado ya cinco polluelos en su primera nidada, y actualmente está incubando su segunda puesta. Ahora durante varias semanas, el campo nos ofrece abundantemente el cardo, estas semillas tienen propiedades excepcionales para la cría, y consumen con avidez todo lo que les proporcione con visibles muestras de preferencia, respecto a todos los demás alimentos. Si por cualquier circunstancia estas parejas, se encontraran libres en el campo, no creo que volviesen a sus jaulones por la sencilla razón de que todas las praderas están llenas de su manjar favorito; y por lo tanto, su adaptación a la vida libre sería inmediata. El peor enemigo que podrían encontrar, en el supuesto de su nueva situación, sería su bello plumaje, color amarillo-naranja, que les hace visibles a distancia, y por lo tanto, serían presa fácil para las aves de rapiña. Los vistosos colores que llevan estos canarios, son productos derivados de numerosas mixtificaciones efectuados por aficionados de varios países europeos, pero lo que han ganado en belleza, han perdido en vigor y potencia de voz. Los canarios verde-parduzcos, heredan todas las características de sus ascendientes. Semillas no sazonadas del cardo, ponen en peligro la vida de un jilguero o un verdicillo, pero a estos canarios no les afecta nada, cualquier clase de semilla les apetece sin causarles ninguna molestia estomacal. Su vuelo rápido, muy distinto del de sus hermanos de bello color, es apto para largas distancias, y esquivo en casos de apuro, cualidades que le hacen uno de los pájaros más fuertes de la familia de los fringílidias, y por lo tanto, digno de gozar en nuestro continente de plena libertad.

Recordando la inolvidable escena de la fuga en masa de los canarios de nuestra pajarera, acaecido años atrás, imagino el encanto que adquirirían los bellos jardines de nuestras ciudades, si se esta-

blecieran algunas parejas de canarios verduscos, acostumbrados como las palomas, a buscar alimento en un lugar determinado de los parques. Estas parejas al reproducirse, se encargarían de enseñar a su prole, el camino de los comederos creados al efecto, convirtiéndose en pocos años, en colonias con personalidad propia, ya que heredarían las dotes y melodías canoras que les caracterizan a sus progenitores. Para la supervivencia de estas colonias, serían necesarias, disposiciones severas para su protección, porque hoy día, todos los seres alados, en nombre de una afición mal entendida, cuentan en cada metro cuadrado, con un enemigo que acecha continuamente con fines poco deportivos. Es una incógnita la forma en que se desenvolverían estas colonias de canarios libres. Sus congéneres que viven en libertad en las islas de las que toman su nombre, son sedentarios por el clima excepcional de aquel Archipiélago, y cuentan con abundantes semillas herbáceas durante todo el año. Sería interesante para los txorizales, conocer la actitud que adoptarían las nuevas generaciones que nacieran libremente en nuestro País, frente al problema común e instintivo que observan la inmensa mayoría de los miembros de la familia de los fringílicas, que a excepción de los gorriones, emigran en otoño hacia el Sur. Sería muy útil a los que sostienen la tesis de que nuestros flamantes canarios, seguirían las mismas rutas migratorias de los demás pájaros que habitan en nuestro continente; y hay ciertas posibilidades para que esto ocurra, porque sus características no son precisamente de un pájaro ecuatorial: su calidad de voz y su originario plumaje discreto, denotan oriundez de tierras de clima templado.

En caso de que se hiciesen sedentarios, no afectaría mucho a nuestros erarios públicos, el sostenimiento de comederos especiales; para la alimentación de cada uno de estos bellos pájaros, durante el período de penuria que atraviesa nuestro campo, que comprende desde fines de noviembre hasta mediados de marzo les basta un kg. de alpiste; esta cantidad de grano, y con el pequeño cardo que nunca falta en nuestro campo, vencerían airosamente las inclemencias más rigurosas del invierno, y llegarían a la primavera con la ilusión de reproducirse; y así nuestra población pajarera, harto diezmada en estos últimos años, se vería notablemente aumentada, pero... sería necesaria como medida protectora de estos apreciados pájaros, cesara de una vez, el sistema vandálico de captura en masa de toda clase de fringílicas, que se efectúa impunemente por muchos mal llamados aficionados, con la misma finalidad con que operan por ley natural, las aves de rapiña.

Según autorizadas referencias, el canario está a punto de extinguirse como pájaro libre. En nuestro continente, cientos de miles de ejemplares divididos y subdivididos en colores y razas, nacen y mueren prisioneros, ante la indiferencia y olvido de que el Sumo Creador, hizo un pájaro libre de cualidades canoras excepcionales, y por esas características tan apreciadas, vive precisamente como un condenado a perpetuidad; pero la actual Europa, cuita y amante de la libertad, debe de liberarle de los barrotes dorados de su jaula, para que goce de la vida que por derecho natural le corresponde.

Azcoitia, Abril de 1959

